



LA TELARAÑA

JUAN PLANAS
BENNÁSAR

Sin ánimo de lucro

LO DE LAS ONG –sin ánimo de lucro, por supuesto– siempre me ha parecido un exótico oxímoron. Vale, que donde las maquinarias estatales no alcancen, quizá porque encallaron en el lodazal de la burocracia, los ciudadanos se alienen y se pongan manos a la obra e intenten que la unión haga, al fin, la fuerza, y suceda así el milagro, por ejemplo, de que el maná llegue a la hambruna más remota o que los médicos puedan obrar su ciencia donde aún no conocen ni la penicilina. La idea es buena, pero el problema, como siempre, pertenece a la esfera de los hechos y los resultados. Sobre todo, de la cuenta de resultados.

He intentado, sin éxito, averiguar cuántas ONG hay en España o, incluso, en Baleares. La tarea resulta imposible, porque el baile de cifras va desde el centenar, según los listados de la CONGDE, sucursales autonómicas aparte, hasta las más de quince mil de otras fuentes. Con tanta exuberancia –ia imagen y semejanza del propio Estado!– ya se sabe lo que suele pasar.

Pasa, y en una ONG sería, no en un «Attac Mallorca» cualquiera, que la Hermandad de Donantes de Sangre de Mallorca se gasta, en el sueldo de una gerente, tres administrativos y algún eventual, el 87% de lo que recibe. 254.000 euros. No es de extrañar que, luego, al salir a la calle y toparme con su legión de voluntarios –que, como su Presidente, **Llorenç Vallori**, no cobran ni un duro– me dé por salir corriendo. Qué menos.

El 'fiscal corcho'

EL PERIODISTA deportivo **José María García** acuñó una definición para aquellos colegas de profesión que, pasara lo que pasara, siempre conservaban sus puestos y se mantenían a flote por muy severa que fuese la tempestad que les azotara. El mito de la radio deportiva en España tildó a



EN PERSPECTIVA

ESTEBAN
URREIZTIETA

esta raza especial de supervivientes como «periodistas corcho» y aludía a su naturaleza especial con indisimulada admiración. Entre los redactores que escupían las mareas más hostiles no se encontraban ni los más brillantes ni quienes se caracterizaban por un especial estajanovismo. Por el contrario eran aquellos que, dotados de unas cualidades corrientes, estaban compuestos de un material insubmersible. Esta peculiaridad de algunos ejemplares de la raza periodística encuentra su espejo en la Justicia española en el máximo responsable de la Fiscalía de Baleares. Ya sea por su predilección por las tortugas protegidas que exhibe en su salón comedor o por alguna habilidad desconocida, capea los temporales como el esbelto ejemplar balinés que yace junto a su televisor. Si Supergarcía hubiese conocido en tiempos a **Bartomeu Barceló** hubiera advertido de inmediato que está forrado por una gruesa capa de corteza de alcornoque y le hubiera presentado tras la sintonía pegadiza de su programa, al filo de la medianoche, como el primer «fiscal corcho» de nuestra historia reciente. Tomeu consiguió aprobar la oposición a fiscal ante la sorpresa de su opositor, que recuerda su caso como uno de sus mayores logros. Sobrevivió al cargo de fiscal Antidroga pese a albergar serias dudas de cómo se podía esconder el LSD en el interior de un libro dejando claro en un juicio por narcotráfico que no tenía muy clara la forma que adoptaba este estupefaciente. Logró alzarse con el más alto rango en el escalafón del Ministerio Público sin que se conozcan todavía sus méritos y se instaló en un despacho rancio del Tribunal Superior de Justicia aposentado sobre una

mesa con un paquete de folios sin abrir y la prensa diaria como única compañía. Tuvo el olfato de impulsar los escándalos de la exsocialista **Margarita Nájera** para granjearse la admiración de sus mentores en el Gobierno de **Aznar** y de archivar todo lo demás para evitarse problemas. Cuando intuyó que variaba el viento electoral, exoneró de golpe a la exalcaldesa de Calviá, agitó los vuelos de la CIA y se convirtió en el azote del PP con un quiebro de cintura que le valió la condecoración de San Raimundo de Peñafort. El mismísimo fiscal general del Estado **Cándido Conde-Pumpido** alabó su «tesón, amor al trabajo, esfuerzo y bonhomía» mientras Tomeu lucía orgulloso su premio en las largas mañanas que pasa tomando café o en las interminables tardes recorriendo Jaime III con la escolta que le protege de sus amigos. Protegió activamente a **Maria Antònia Munar** para ganarse a los socialistas, hizo la vista gorda con la corrupción de su amigo **Pedro Serra** para garantizarse el apoyo mediático, toreó al mismo **Jaume Matas** al que adulaba y cuando se encendían las cámaras afirmaba, como si con él no fuera la cosa, que «la Fiscalía funciona al margen de la política». Nada siempre

«El viento vuelve a cambiar y Tomeu [Barceló] desempolva su instinto de supervivencia»

a favor de la corriente y su carrera está hueca pero llena al mismo tiempo de archivos y denuncias a conveniencia. Por eso es contradictoriamente larga y exitosa. El viento vuelve a cambiar y Tomeu desempolva su instinto de supervivencia. Se coloca para coger la ola y descuelga el teléfono. Llama a los subordinados de **José Ramón Bauzá**. Dice que es el mismo de siempre, que está para lo que necesiten y somete al sistema a la prueba definitiva que revelará si es que está hecho de otra pasta o es que realmente la materia sobre la que navega, al romperse, es la que le impulsa hacia la superficialidad.

esteban.urreiztieta@elmundo.es

PUPUT I ANGELOTS



Llora conmigo

JOAN PLA

DE DERECHAS o de izquierdas, creo que se equivocan los políticos, cuando llegan al poder y empiezan a cantar la gallina, quejándose de que no pueden llevar a cabo sus proyectos y promesas, porque sus predecesores les dejaron las arcas vacías. Creo que entre los predecesores, siempre hubo personas honradas y eficaces, junto a la manada de depredadores y ladrones que dejaron al pueblo en cueros, en la más pura inanición. Lo que no creo es que los problemas y las crisis se resuelvan con quejas y lamentaciones. Cuando uno aspira al poder sabe que su rival nunca le preparará arcos de triunfo, ni alfombras nuevas, sino agujeros de rata y pozos negros. Si yo fuese asesor de algún gobernante, cosa que no es probable que suceda en los próximos mil años que me quedan de vida, asesoraría a mi jefe diciéndole que las quejas son la medida exacta de nuestra ineptitud. Además, cuando se anuncia un recorte, conviene anunciar con toda precisión el por qué y sus consecuencias. Y no debe anunciar recortes quien no se haya recortado a sí mismo previamente. «Si vis me flere», si quieres que lllore, antes llora tú conmigo, decía el clásico latino.

CARTAS DESDE ALEMANIA / RAMÓN AGUILÓ OBRADOR

Mis joyas

ELLA SOLÍA VENIR los sábados por la mañana, cuando Palma se desperezaba aún de ese sueño de mar y cielo, enigmático y antiguo, que sumergía la ciudad en un pasado inmemorial de azules y rojos que sólo sobrevive hoy, transfigurado y a salvo de la muerte, en las novelas de **José Carlos Llop**.

Era la Palma de la infancia, donde existía la carnicería de la esquina, la tienda de ultramarinos del entrañable **Bruno** y sus hermanas, las pintadas racistas en la fachada de nuestra casa, la droguería de la enorme **María** y la peluquería de las cubanas, en la cual, impensable hoy en día, con una mano se cortaba el pelo y con la otra se sostenía el puro. Era sábado, pues. Yo me había acostumbrado ya a sus venidas y cual perro de **Pavlov**, oía ya en la vigilia última cómo sus finos tacones iban desgarrando progresivamente el silencio matutino hasta llegar

frente a nuestra casa. Venía de la plaza Santa Eulàlia y desde que la sentía en mi vivísima somnolencia hasta que se paraba, debían pasar unos dos minutos. Después, me despertaba sabiendo lo que iba a venir. Ella cogía aire y gritaba entre brumas y espantando a las dormidas palomas: «¡Aguiló, ladrón, cobarde, devuélveme las joyas! ¡Sé que has sido tú, despierta, ladrón, sinvergüenza, devuélveme mis joyas!».

La arenga se repetía unas cinco o seis veces mientras la señora en cuestión iba de un lado a otro de la calle, unas maldiciendo más, otras menos, hasta que se acercaba al telefonillo y al unísono insultaba y apretaba nuestro botón con tanta cólera que parecía que era el pobre aparato el que tenía toda la culpa de sus males. Al dar mi habitación a la calle, era yo quien se llevaba la mayor parte. Mis padres, que dormían en el interior, se

sobresaltaban sólo al oír el timbre, pero apenas podían entender de lejos lo que aquella voz chirriante reclamaba. A mí me daba tiempo de ir a las persianas (¿hay algo más hermoso que unas verdes persianas abiertas a la vida y al mar?) y observarla; iba arregladísima, con una curiosa pamelita blanca de plumas. En el cuello lucía unos enormes collares que rebotaban como cencerros con cada grito. Por sus manos bailaban unas pulseras no menos enormes que alzaba al cielo con gesto amenazante. Tenía un rostro irreal, totalmente maquillado y reluciente, si bien nunca pude llegar a verle bien las facciones, encubiertas por las plumas de la pamelita.

Debieron ser unos dos años los que vino hasta nuestra casa, siempre los sábados, unos meses más, otros menos. Un buen día dejó de venir. Y nunca más supimos de ella

ni de sus joyas. Siempre me he preguntado cómo debían ser para ella los momentos antes y después de su espectáculo: ¿Se aprendía los discursos de memoria y los recitaba ante el espejo? ¿Lo comentaba antes todo con su marido o con su perro? ¿Era todo improvisación? ¿Volvió a rebusarse en su tocador para asegurarse de que, efectivamente, había sido **Ramón Aguiló** quien, como decía ella reventándose la garganta, había entrado en su casa de madrugada y le había robado sus más preciadas gemas? ¿Y qué pasaba después? ¿Se iba directamente al Moderno a tomarse un sol y sombra para enaltecerse de su bravura y brindar por la justicia? ¿O volvía directamente a casa y se lo contaba todo, con pelos y señales, a su preciado papagayo?

Nunca lo sabré. En estas semanas me he vuelto a acordar de ella por una cierta empatía con la que

yo no contaba; visto el panorama que nos espera a la gente de mi generación, ya sea político o económico, financiero, laboral o simplemente vital, me temo que tarde o temprano enloqueceremos como ella y saldremos a la calle no para simplemente indignarnos, sino más bien para buscar a los culpables y sacarlos de sus plácidos ca-

«Visto el panorama que nos espera me temo que enloqueceremos»

tres. Y temo que no vamos a encontrar a nadie y ello nos hará enloquecer aún más. Y ya no habrá timbre al que llamar, ni joyas que buscar, ni alcaldes o gobernantes a los que insultar; pues lo que nos robaron ni siquiera lo llegamos a tener. ¿Que qué era eso tan preciado? Ellos lo llamaban futuro.

Ramón Aguiló es filólogo.